

MARIO CONDE

A portrait of Mario Conde, a middle-aged man with graying hair, wearing a light blue button-down shirt. He is looking directly at the camera with a serious expression. His glasses are hanging from the collar of his shirt. He is holding onto a vertical wooden post on the left side of the frame. The background is dark and out of focus, showing some vertical lines that could be part of a window or door.

DE AQUÍ
SE SALE

En una era en la que todo son preguntas y en la que nadie se explica nada, Mario Conde da un sentido real a la frase De aquí se sale y tiene la valentía de titular su nuevo libro así. En esta obra, Conde ofrece las respuestas a las preguntas que debería haber hecho el 15 M. No da la solución mágica, pero te ayuda a comprender porqué hemos llegado a esto, admite que el Sistema ha fracasado (y nadie mejor que él para saberlo, que lo ha vivido o sufrido desde dentro) y reflexiona sobre paradigmas alternativos. Todo lo que sucede en el presente es derivado del pasado, y por ello el conocimiento de ese pasado es imprescindible si queremos edificar el futuro sobre bases sólidas. Con estas dos ideas nace este libro. Conozcamos el porqué de nuestra situación, asumamos nuestra responsabilidad, y tengamos el valor de aportar todos algo de esfuerzo, ilusión y hasta de valentía para reconducir la situación. Porque es evidente que de aquí se sale, como reza el título del libro. Pero debemos saber dónde entramos. Y asumir que si nada hacemos, que si dejamos que las cosas sigan funcionando por el sendero de siempre, caminaremos hacia peores datos y mayores sufrimientos. No podemos esperar que la clase política por sí sola afronte el cambio que reclaman los hechos. Es necesario que la sociedad, como digo, recupere el protagonismo y quiera ser verdadera dueña de su destino. Ese es el reto. Y por eso este libro: para contribuir a que trabajemos para lograrlo.

A María

INTRODUCCIÓN

Algo de fondo se agita, se mueve en la sociedad española. Y ciertas agitaciones se perciben en diferentes sociedades europeas. También en Estados Unidos se advierte cuando menos cierta confusión. Posiblemente no resulte excesivo afirmar que algo vibra en el mundo occidental. Quizá a algunos no les guste el diagnóstico, pero estos movimientos claramente indican que existe una conciencia de que en temas importantes, en asuntos de trascendencia social, hemos fracasado. Y esos temas y asuntos son decisivos para el modelo de convivencia. Materia de primer orden, desde luego.

En España disponemos de cifras capaces de causar una enorme preocupación. Me refiero a indicadores económico-sociales de presente. Lo peor es que no se puede afirmar seriamente que en un plazo muy breve de tiempo —la brevedad la reclamaría la gravedad de los datos— seamos capaces de dar un giro suficientemente importante para sustituir parte de la preocupación por cierta tranquilidad. Desgraciadamente, no lo parece.

En noviembre de este año 2011, forzadas por las circunstancias financieras y económicas, se celebrarán elecciones generales en España. Todas las encuestas indican que el PP, el partido actualmente en la oposición, será el triunfador, y de cumplirse esos pronósticos, dispondremos de un Gobierno de corte ideológico distinto. Cuando menos de corte partidista diferente. Así, como digo, rezan las encuestas. Pero lo malo es que esas mismas encuestas señalan otro factor de enorme importancia: una gran parte de los

españoles carece del convencimiento de que con ese nuevo Gobierno las cosas, la situación en general, va a mejorar de modo importante en plazo corto. Hay una base de desconfianza que alcanza al Sistema. Y es que la valoración de la clase política y de los partidos políticos, y por derivada, del modelo vivido de democracia parlamentaria, se encuentra bajo mínimos.

No podemos extrañarnos de este estado de cosas. A lo largo de varias décadas lo hemos ido gestando entre todos. No se trata ahora de atribuir culpabilidades exclusivas a la banca, a la clase política, al gobierno o gobiernos de turno, a los jueces, a los medios de comunicación... Cada uno de ellos, unos más y otros menos, son parcialmente responsables del estado de cosas en el que nos toca vivir. Pero el gran responsable somos nosotros mismos, la sociedad, porque gracias al abandono de ciertos valores y al consumo de otros disvalores, hemos ido confeccionando un modelo de vida que ahora nos agobia por demasiados costados a la vez. Tenemos lo que hemos querido tener, lo que hemos gestado, en ocasiones por acción, en otras por omisión, pero, al fin y al cabo, el resultado es el derivado de nuestra conducta, y esta es la secuela de nuestro modo de pensar. Así que no expresemos culpabilidades puramente ajenas. Debemos incluirnos en el cuadro de responsables si queremos ser sinceros.

Y si esto hacemos tendremos ante nosotros una oportunidad, sabremos convertir lo que es una desgracia medida en sufrimientos ciertos de cientos de miles de personas en una oportunidad para construir un mejor modelo de vida. Pero para ello es imprescindible saber por qué hemos llegado hasta aquí, qué hay de cierto y verdad en el funcionamiento de los medios de comunicación, en el sistema financiero, en la clase política... Tenemos que ser capaces de entender las causas para cambiar el modelo, para introducir las reformas necesarias para alcanzar un modo de convivencia que merezca el calificativo de más humano.

Y si así lo hacemos nos daremos cuenta de que la clave consiste en que nosotros, la sociedad civil, recuperemos algo esencial: ser dueños de nuestro destino. A lo largo de décadas lo hemos puesto en manos de una clase política profesionalizada que poco a poco se ha convertido en casta y que al tejer un entramado de intereses con el sistema económico, sustancialmente financiero, y los medios de comunicación social, ha implantado un modelo de ejercicio del poder al que llamo Sistema. Y ese modelo, junto con nuestro consentimiento tácito o entusiasta acerca de su existencia, es lo que nos ha llevado a la situación en la que estamos.

En 1992 en el Vaticano, en 1993 en la Universidad Complutense, en 1994 con mi libro *El Sistema*, advertí de lo que estaba ocurriendo y de que, si continuábamos caminando por el mismo sendero, las posibilidades de fracaso colectivo eran elevadas. Hablaba desde la experiencia de haber sido presidente de una de las entidades financiero-industriales más potentes de España. No teorizaba sin más. Sentía la preocupación derivada de lo que veía, lo que experimentaba, lo que conocía por mí mismo y no por relatos ajenos.

Han pasado muchos años desde entonces. Desde mi primer movimiento en esa dirección han transcurrido diecinueve años. Mucho tiempo, en el que mi vida se ha visto sometida a una serie de avatares complejos y difíciles. Pero ahora me encuentro de nuevo con la ilusión de poder escribir. No ya para decir algo así como: «Señores, ¿lo ven? Yo tenía razón». No, no se trata de eso. Al contrario. No consumo vanidades. No me alimento de aplausos tardíos. Quiero escribir para aportar algo a la oportunidad que tenemos por delante de construir un futuro mejor.

Cierto es que todo lo que sucede en el presente es derivada del pasado, y por ello el conocimiento de ese pasado es imprescindible si queremos edificar el futuro sobre bases sólidas.

Con estas dos ideas nace este libro. Conozcamos el porqué de nuestra situación, asumamos nuestra responsabilidad, y tengamos el valor de aportar todos algo de esfuerzo, ilusión y hasta de valentía para reconducir la situación. Porque es evidente que de aquí se sale, como reza el título del libro. Pero debemos saber dónde entramos. Y asumir que si nada hacemos, que si dejamos que las cosas sigan funcionando por el sendero de siempre, caminaremos hacia peores datos y mayores sufrimientos.

No podemos esperar que la clase política por sí sola afronte el cambio que reclaman los hechos. Es necesario que la sociedad, como digo, recupere el protagonismo y quiera ser verdadera dueña de su destino. Ese es el reto. Y por eso este libro: para contribuir a que trabajemos para lograrlo. Somos muchos los que sentimos que algo no funciona. Y eso hay que saber explicarlo, desde la experiencia de haberlo vivido en primera fila, en la fila cero, como dicen algunos. El poder no se suele explicar a sí mismo. Pero es imprescindible relatar cómo funcionan de verdad las cosas en nuestro país. Explicar el pasado desde la experiencia y el conocimiento para que nuestras propuestas de reforma no sean emociones alimentadas de una extraña revancha, sino propuestas inteligentes, sensatas, posibles, avaladas por la experiencia, que no vayan contra nadie, que no busquen culpables con las linternas del odio o la revancha, sino que traten de algo tan sencillo como eso: encontrar un modelo de vida mejor y más humano.

1

«ALGO HABRÉIS HECHO MAL VOSOTROS», ME DIJO

En el fondo admito que no me sorprendió demasiado. Quizá supuse algo así, aunque el cumpleaños de mi madre no fuera el lugar más adecuado para cuestiones de semejante porte, pero cuando las cosas se tensan hasta un extremo como el que nos traemos entre manos, en este país nuestro no hay lugar para excesivos miramientos, y el decorado exterior en tales casos no pasa de ser una indolente anécdota.

Cumplido el trámite del apagado de velas por el procedimiento poco ortodoxo del soplido —los ocultistas dicen que eso jamás debe hacerse— y consumado el cántico del inevitable «Cumpleaños feliz», en versiones castellana, portuguesa y hasta italiana, nos ajustamos a las sillas —con muestras de cierta desgana y algo de molicie— algunos de los comensales, todos miembros de la familia, y mientras los demás se ocupaban de sus asuntos —que no sé muy bien cuáles eran— decidimos echar el tiempo para atrás —como dicen por el sur— con algo de charla, una costumbre que ya no se practica demasiado en esta sociedad de solitarios de la pantalla de ordenador. Entre la vieja tradición epistolar, las cartas de antaño con las que nos comunicábamos para superar distancias físicas y relatar experiencias y emociones, y los escuetos SMS de hoy, hay una diferencia cualitativa descomunal. Perdemos fluidez, como mínimo, y jibarizamos nuestro vocabulario hasta extremos de lamento.

Y, encima, con esa escritura moderna de porte electrónico se está creando un nuevo y horrendo lenguaje en el que, por ejemplo, para ahorrar espacio —supongo—, en lugar de escribir «por», teclean una «x» y otras aberraciones parecidas. A lo mejor a algunos adoradores de la modernidad sin fronteras tal innovación no les parece una aberración, pero a mí sí, lo cual, entre otras cosas, es prueba de edad. Tales inventos —para mí extravagancias— deben ser eso que llaman el signo de los tiempos. Con toda humildad confieso que prefiero el mío en muchos aspectos, y sin la menor duda en el literario.

Sucedió que mi sobrino, uno de ellos, el mayor, que tenía en ese momento algo más de treinta años, sin esperar a su turno teórico decidió tomar la palabra. Eso de turno teórico debe sonar a antiguo, como si una charla de semejante textura familiar se ordenara de manera rígida. Pues algo de eso hay, o, mejor dicho, existía. Era el verano de 2010, y los efectos de nuestra crisis, y digo nuestra por el tiempo que llevamos conviviendo con ella, ya asolaban a muchas familias y de manera especial a la juventud. Pocos se libraban del castigo ejecutado en términos de paro laboral y desesperanza emocional. Entre los sancionados por el modelo se encontraba, precisamente, ese sobrino mío que se decidió —como decía— a tomar la palabra. Antiguamente, por eso de la edad, se solía pedir permiso a los mayores. Ahora ya no. Cosas de la modernidad, que diría no sé quién. Dicen que cualquier tiempo pasado fue mejor. Creo que no, pero en algunos valores y formas me parece que sin la menor duda lo era. En otros —menos mal— hemos mejorado, aunque nada es gratis en esta vida.

—Escucha —me dijo mirándome fijamente a los ojos—, creo que tenéis que darnos alguna explicación los de vuestra generación.

—¿Y eso? —pregunté acentuando con exceso el tono de pregunta, arrastrando deliberadamente la palabra final para que se percibiera un punto de irritación por lo que po-

día ser tomado como impertinencia, aunque obviamente sabía que no era eso, sino sencillamente justificada preocupación.

—Pues muy fácil. Nosotros, yo desde luego, hemos hecho lo que nos habéis pedido. Estudiamos en la Universidad, concluimos nuestras carreras, comenzamos a trabajar, nos casamos, hemos tenido hijos, vivimos respetando las reglas, nos tomamos nuestras copas, nos divertimos, pero somos eso que llamáis gente responsable...

Hablaba serenamente, sin irritación, destilando tristeza sin exceso de ironía. Se detuvo unos segundos para beber con trago largo de un vaso en el que se sirvió algo que me pareció sin alcohol, y sin más aditamentos prosiguió:

—Pues a pesar de todo eso, aun cumpliendo todas vuestras normas de buena conducta y salubridad e higiene, lo cierto y verdad es que a día de hoy no tengo trabajo y, lo que es peor, no consigo ver de qué manera voy a encontrarlo. Y, sin embargo, hijos y familia sí que tengo. Así que algo habréis hecho mal vosotros con este sistema que nos dais como modelo de vida. Cuando pides a alguien que haga algo que le han definido como lo bueno, cuando dictas criterios y reglas de comportamiento añadiendo que son las correctas, las ortodoxas, las que corresponden a un buen padre de familia, debes responderle y no dejarle tirado en la estacada, económica, familiar y casi existencial. Al menos eso creo.

No recuerdo muy bien qué fue lo que le respondí, pero supongo que algo así como que tenía parte de razón, pero, cualquiera que fuera mi respuesta, me impactó su pregunta hasta tal punto que me quedé dándole vueltas en la cabeza a esa supuesta responsabilidad que nos atribuía a los que, como yo, hemos, paso a paso y día a día, construido un modelo que era evidente de toda evidencia que fracasaba por los cuatro costados, al menos por aquellos costados de mayor envergadura como es el derecho al trabajo y a una convivencia regida por patrones más humanos de los que

se experimentaban en esa sociedad por nosotros —cuando menos en teoría— diseñada, creada e implementada.

Podría, desde luego que sí, haberme escabullido de la responsabilidad que me atribuía, acercando a la conversación los momentos de mi vida en los que, de manera notoria, tan notoria como peligrosa, puse negro sobre blanco y proporcioné voz e imagen sobre ondas a las advertencias de que seguíamos un camino que nos conduciría más tarde o más temprano al desastre, o por lo menos a algo tan clásico y que se expresa con palabras tan poco alambicadas como estas: pasarlo mal, muy mal. Esa expresión, pasarlo mal, se encuentra en muchas bocas sentidas de gentes con las que hablo. Pero preferí no entrar en ese debate en ese momento. Porque, quisiera o no, lo cierto es que, incluso con todas esas advertencias, yo formaba parte de la generación que teóricamente había diseñado ese modelo que en aquellas fechas amenazaba ruina. Y lo malo es que cuando un sistema social o político fracasa, las consecuencias se miden en desastres individuales y familiares para los que confiaron en la bondad intrínseca de esas normas de convivencia. Vamos, para los que se ajustaron a los criterios impuestos. El asunto es serio. Muy serio. En esas circunstancias se crea lo que llaman la conciencia revolucionaria.

Un año más tarde, en este 2011 de triste vigencia para muchos por las quiebras y despidos que se produjeron en cifras ingentes, y, del otro costado, de cimiento de esperanza para algunos esperanzados, entre los que me encuentro, la escena tendría que volver a repetirse, porque mi madre volvió a cumplir años y, aunque las mujeres son aficionadas a ocultar el dígito que define su tiempo vital, eso a lo que llamamos edad, no por ello perdonan la fiesta de las velas ni los cantos. Ni los regalos, claro, que todo hay que decirlo. Allí estaba mi sobrino, más o menos en el mismo lugar de la mesa del jardín de la casa de mis padres en Monte Lourido, provincia de Pontevedra, desde la que se divisaba el espectáculo de Playa América —nunca supe el porqué

de ese nombre—, Monte Ferro y hasta Baiona. Digo divisa-ba porque con el paso del tiempo han crecido en las lindes unos árboles gigantescos, básicamente la especie odiada de los eucaliptos, que impiden, con alta indignación de mi madre, seguir contemplando el espectáculo que les llevó, a ella y a mi padre, pero sobre todo a ella, hace más de cincuenta años, a poner la primera piedra de aquella casa en la que pasé todos los veranos de mi juventud hasta que cumplí los veinticuatro años de edad, momento en el que me desplacé a Mallorca, con un título de abogado del Estado en mi carrera profesional y un acta de matrimonio en la vital.

Pues, como digo, allí estaba de nuevo mi sobrino. Algo más delgado y con una mirada que reflejaba una especie de resignación armada con preguntas sin respuesta, como los agnósticos que se dedican a formular demandas a Dios. Dos hijos suyos, de seis y cuatro años de edad, correteaban por los alrededores de la mesa. Acarició con su mano derecha el pelo castaño de uno de ellos. Contemplé la escena. Me pareció que en su mente, aunque sin excesivos perfiles de nitidez, mi sobrino se cuestionaba algo así como qué sería de esos niños el día de mañana, qué tipo de vida les tocaría vivir, adónde les llevaría el modelo que su tío —cuando menos supuestamente— y otros, sobre todo esos otros a los que su tío llama los del Sistema, diseñaron e implementaron y que a él le tocaba vivir/sufrir.

Consiguió sobrevivir al año 2010, si bien abandonando la ocupación propia de sus estudios para dedicarse a una labor altamente complicada y difícil en los tiempos que corren: vender pisos. Los bancos y las cajas de ahorros llegaron a tal exceso de financiación imprudente, a tal necesidad de colocar como fuera un dinero que les ardía en las manos —mejor sería decir en las cajas— que las viviendas sobrantes se desparramaban por los cuatro costados de nuestra geografía hispana, y conseguir venderlas a un precio decente —financieramente hablando— se transformaba

en algo así como una heroicidad legionaria y por ello se retribuía a golpe de comisiones. Como a falta de pan buenas son tortas, mi sobrino tuvo que dedicarse a tal actividad y consiguió ciertos éxitos de ventas que le reportaron ingresos con los que sobrevivir. Eso, obviamente, no cercenaba las preguntas de rigor acerca del fracaso del Sistema, pero provocó, o, cuando menos, se tradujo en que no volviéramos sobre el asunto tratado el año anterior. Como me echaba parte de la culpa de su situación, esas ausencias de conversación, mejor sería decir de preguntas incómodas, podrían resultar agradables, porque a nadie le gusta que le echen una bronca existencial y menos si su culpabilidad es, en el mejor de los casos, relativa.

Un tipo de silencio más bien pastoso y denso cubrió el momento. Entre otras cosas, parece como si hubiéramos perdido las ganas de comentar, de charlar, de intercambiar opiniones, porque el panorama en este año en el que vivimos se convirtió en mucho más negro y sombrío, al menos desde ciertos puntos de vista, que el que nos ocupó el pasado año 2010 cuando mi sobrino decidió plantearme con descaro nuestra responsabilidad generacional y enfrentarme sin miramientos a ella. Una cuestión, la suya, aquella en la que aseguraba que algo habíamos hecho mal los de mi generación, que invadió una parte capital de mis reflexiones durante el año, porque de lo que no cabía duda alguna es de que el Sistema creado había fracasado.

Curioso, pero algunos todavía se resisten a admitir la verdad intrínseca de esta conclusión. Me refiero al fracaso global de lo que llamamos Sistema. Bueno, si tomamos en cuenta que los resistentes son fundamentalmente aquellos que viven del propio Sistema, entonces no resulta tan curioso, sino, más bien, inevitable. Porque esto es algo que ya he aprendido con meridiana claridad acerca del producto humano: solo vemos lo que queremos ver y solo oímos lo que nos interesa oír. Por ello, a pesar de la fuerza incontestable de eso que llamamos evidencias, algunos niegan

la mayor, como si negando se consiguiera transformar la realidad o evitar que lo que es siga siendo, como dicen los místicos consumados.

Esta es quizá una de las experiencias más ilustrativas de mi vida y que muestra con irresistible contundencia que el hecho, en sí mismo no existe. Quiero decir, que no existe al ser integrado en la mente humana, porque no conseguimos consumir hechos sino las emociones con las que los tamizamos, deglutimos, fermentamos y nos apropiamos de ellos. En el fondo, eso de oír lo que nos interesa y proporcionar oídos sordos a lo que nos duele no es sino una manifestación del proceso constante de huida del dolor y búsqueda del placer. Aunque, curiosamente, esta actitud de escape acaba generando más dolor y sufrimiento que el que se trataba de cortocircuitar.

El hombre, por lo general, maneja mal la noción de dolor y no se da cuenta de que el verdadero dolor nace de la negación del hecho o de nuestra proyección a través de él. El ejemplo de la muerte de un ser querido es muy ilustrativo. La muerte es un hecho esencialmente neutro, como todos. El dolor deriva de las proyecciones mentales que nosotros, los que lo sentimos, ejecutamos sobre ese hecho. No nos duele el hecho de la muerte ajena, sino que nos dolemos en las consecuencias de la muerte proyectadas por nuestro pensamiento. Porque contemplamos sobre ese hecho de la muerte el pasado y nos duele saber que ya no volverá. Proyectamos el futuro y nos duele que ese futuro ya no se realizará como teníamos previsto. Nuestras proyecciones mentales son las que generan el dolor. Y en el fondo todo ello se complementa con el miedo a la soledad. Sentimos el dolor derivado del miedo a la soledad.

Y esto que funciona en el plano individual con la certeza —al menos en mi opinión— que acabo de describir actúa con idéntica esencia cuando se trata del cuerpo orgánico de una sociedad dominada por un Sistema. Y, por ejemplo,

el fracaso rotundo del Sistema genera el dolor del miedo al futuro y la angustia del presente.

¿Acaso exagero cuando digo que el Sistema ha fracasado? Pues sinceramente creo que no. Yo tengo claro que el Derecho ha sustituido a la fuerza como modo de organizar la convivencia, pero eso de ajustarse necesariamente a la Ley, y solo a la Ley, a algunos les parece demasiado pesado, excesivamente ineficiente... Por ello, desgraciadamente, esos algunos utilizan el Derecho vaciándolo de sus esencias, reconduciéndolo al papel de un mero instrumento político al servicio del poder, de cualquier forma de poder, pero sobre todo del Poder con mayúsculas, que es el político, alejándolo de su verdadera misión. Claro que algo tan destructivo debe hacerse de manera que la gente no se dé demasiada cuenta de lo que sucede, que no lo perciba como abuso o negación de una conquista histórica, pero esta premisa es algo más o menos resuelto con el manejo de los medios de comunicación social. Por eso escribí en mi libro *Cosas del camino* que «cuando la democracia descubrió el poder de la inducción se convirtió en Sistema».

Pero en el pecado está la penitencia y su derivada se traduce en que la credibilidad de los medios tradicionales de comunicación se encuentra bajo mínimos. En España el ejemplo más paradigmático es *El País*, un diario que tuvo —y la usó en diferentes campos— una influencia brutal, sin duda en determinados momentos excesiva, que fue capaz de condicionar hasta nombramientos de gobiernos y con total certeza resoluciones judiciales, incluso en el campo penal. Hoy ni siquiera se parece a lo que fue, aunque su epidermis no refleje lo que sucede en su mundo subcutáneo. Para mí el ejemplo más evidente de cuanto digo es el caso del juez Garzón, en cuya defensa —por motivos que no todos conocen— ese diario y sus derivadas mediáticas han consumido una cantidad de energía inconmensurable, desproporcionada, brutal, casi inconcebible. De no ser, claro, porque *El País* todo lo traduce en términos de poder: